

de con un acento de amor; yo la vi perder el color, temblar y mirarle como fascinada... yo conté con ávidos ojos cada una de las palpitaciones de su corazón, y vi que se le quería salir del pecho... ¡Oh! ¡Cuánto debe amarle... cuánto!... ¡Desgraciado... desgraciado de mí! ¡Desgraciados de vosotros, hijos míos! ¡Pobres hijos míos!...

El conde permaneció sollozando durante algunos segundos; poco á poco sus gemidos se fueron apagando y cesaron del todo: entonces se levantó, arregló con la mano sus hermosos y desordenados cabellos, pasó por la frente, cubierta de sudor, su pañuelo de batista y salió, cerrando la puerta.

Dirigióse al cuarto de su mujer, en el cual estaba Avelina, la primera de sus camareras, encendiendo las bujías, pues la condesa ya no podía tardar en volver del teatro.

—Acaba pronto y márchate—dijo el conde, dejándose caer en un sillón dorado de los muchos que se veían diseminados en aquella elegante estancia.

Avelina le miró asombrada; pero demasiado acostumbrada á la prudencia, á esa prudencia que en los criados de casas grandes suple á la buena educación, acabó de encender los candelabros y salió, cerrando sin ruido la puerta.

V

La ópera.

Retrocedamos un poco, si te place, lector mío, y vamos á ver de qué modo pasó Clotilde en el teatro el tiempo que su esposo ocupó en su casa entregado á la desesperación más amarga.

Cuando ella y la duquesa entraron en el palco todos los lentes se fijaron en ambas.

La duquesa de Ríoclaro era una de las mujeres más á la moda de Madrid, una de esas mujeres sin edad y que, á despecho de los años, aparecen siempre espirituales, coquetas y graciosas.

Aparentaba treinta años, aunque sus enemigos, que no eran pocos, sostenían que pasaba ya de los cuarenta.

Por lo demás, Juana, duquesa de Ríoclaro, no era hermosa ni denotaba que lo hubiera sido jamás; pero poseía ese encanto, esa gracia muelle y descuidada, ese arte de embellecerse, esa coquetería provocadora y digna al mismo tiempo, que por más que los franceses quieren atribuírsela á sus mujeres, sólo se encuentra en las damas españolas.

No sabré explicarte, lector mío, cuánta impaciencia me causa el ver el afán con que se quiere

imitar en nuestra patria todo lo que hacen los franceses; si los que caen en tan ridícula manía se detuviesen á observar un poco, verían que casi todo lo bueno que aquéllos tienen está tomado de nuestras costumbres, de nuestras tradiciones, de nuestra particular y digna educación, y que les damos una importancia que no merecen copiando sus futilidades, al mismo tiempo que ellos se desviven por imitarnos.

Tienen, sin embargo, más astucia que nosotros, porque ellos nos copian en lo bueno y afectan despreciarnos, al mismo tiempo que nosotros nos vamos maleando con sus excentricidades, profesándoles, porque nos las dejan apreciar, mucho agradecimiento.

En cuanto á las mujeres, jamás tendría nada que ver la dama española con la *madame* francesa, ni en la parte moral ni en la física se puede encontrar la menor analogía, recayendo toda la ventaja de tan absurda comparación en favor de nuestras damas.

La duquesa, sin embargo, era una de esas mujeres toda arte, como generalmente se dice; pero es fuerza conceder que su arte consistía en aparecer realmente encantadora.

Apenas hubierais podido expresar lo que os agradaba en ella, pero sí hubierais podido asegurar que os hechizaba todo: su tez blanca era pálida y tersa como el nácar; sus ojos, de un co-

lor verdoso con cambiantes azules, eran dulces, alegres y llenos de viveza, hermanando estas tres expresiones, tan distintas entre sí y tan irresistibles todas; su boca, algo grande, era en extremo fresca y hermosa y estaba guarnecida de una preciosa y diminuta dentadura, que enseñaba continuamente por la frecuencia con que se reía.

La duquesa tenía el cabello algo escaso, y para disimular esta falta le llevaba cortado á la altura del cuello y rizado graciosamente como las antiguas romanas. De este modo su estrecha frente parecía hermosísima, guarnecida de anillos lustrosos de un rubio oscuro y un tanto encendido.

La estatura de Juana era pequeña y sus formas redondas, lo que le daba una apariencia encantadora de juventud y de frescura; nada más bonito y seductor que sus torneados brazos y su garganta redonda y transparente como el cristal cuajado.

Llevaba un traje de raso azul guarnecido de encajes blancos, un ramo de rosas blancas sujetaba la berta en el pecho y otros dos iguales recogían las mangas cerca del hombro; ceñía su rizada cabeza una corona de las mismas flores y lucía un soberbio aderezo de perlas de gran tamaño.

Clotilde era mucho más hermosa que la du-

quesa; pero su aire de inocencia y sus cándidos veinte años no perjudicaban en nada á la seductora coquetería de Juana, y menos aquella noche, en que la condesa parecía abrumada por un profundo pesar.

Algunos jóvenes de la alta sociedad ocupaban un palco bajo enfrente de las dos amigas.

—¡Qué dos mujeres tan bellísimas!—exclamó el marqués D'Arnouville, joven francés casado con una española y que hablaba bastante mal el hermoso idioma de Cervantes.

—Lo son, en efecto—contestó otro jovencito que no pasaba de diez y siete años y que ya lucía en uno de los ojales de su frac la cruz de San Juan.

—¡Parecen francesas!—continuó D'Arnouville con esa fatuidad tan propia de nuestros vecinos.

—No diga usted disparates, querido—repuso con irónica sonrisa el príncipe de Cellemare, que entrando en aquel instante en el palco había oído las palabras del marqués.—Sé de quien habla—continuó el príncipe tomando asiento—y le afirmo que no se asemejan en nada ni á las francesas ni á las mujeres de ninguna nación; son españolas y nada más.

—¡Qué aire de tristeza tiene esta noche la condesa!—dijo el joven conde de la Bárcena, que era uno de los concurrentes, dirigiéndose á Cellemare.—Jamás la he visto así.

—Es que esta noche la ha afectado dolorosamente un acontecimiento imprevisto—contestó el príncipe.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Como que la ocurrencia ha tenido lugar delante de mí.

—¿Visita usted su casa, príncipe?—dijo D'Arnouville con interés.

—Sí, estimo mucho al conde, su esposo, aunque hace poco tiempo que fui presentado á él.

—¿Sería usted tan bueno que quisiera presentarme á la condesa?

—Ya he dicho que sólo visito á su esposo.

—Es usted poco complaciente—repuso D'Arnouville, disimulando su contrariedad bajo una amable sonrisa;—pero añadió—¿no podríamos saber el acontecimiento que ha desazonado á la condesa esta noche?

—Sí, por cierto; el marqués de la Oliva ha presentado en su casa á un joven abogado muy conocido en la buena sociedad de Madrid, á Fernando de Silva.

—Le conozco, en efecto—dijo el jovencito con ese aire de petulancia del niño que se empeña en ser hombre.

Los demás se contentaron con hacer un signo afirmativo.

—Pues bien—continuó el príncipe—la condesa, que creía que las personas que habían co-

mido con su esposo se habían retirado ya, entró en su habitación á decirle no sé qué, y se turbó en extremo al hallarse entre ocho ó diez hombres desconocidos todos para ella.

—No lo dudo—dijo el francés.—Se dice que sus costumbres son en extremo inocentes y que vive bastante retirada.

—Pues bien, apenas había podido vencer su hechicero rubor y se preparaba á hablar, fijó los ojos en Silva y la palabra espiró en sus labios, dolorosamente contraídos por un agudo dolor.

—¡Es extraño!—murmuró el conde de la Bárcena.

—No es extraño—repuso el príncipe.—La condesa cayó desmayada, y el conde nos dijo que aquel trastorno provenía de la dolorosa impresión que había producido á su esposa la vista de Silva, quien se parece mucho á un hermano de la condesa que se ahogó en el mar.

—¡Un hermano de la condesa!—repitió asombrado el conde de la Bárcena.—Clotilde no ha tenido jamás ningún hermano.

Demudóse el expresivo rostro de Cellamare al oír estas palabras, conociendo que, sin quererlo, había abierto una herida mortal en el honor de Clotilde.

—¿Qué dice usted?—exclamaron todos los concurrentes con ese afán odioso que la sociedad

emplea para descubrir los dolores más ocultos.—
¿No ha tenido hermanos la bella condesa?

—Ninguno; la condesa es hija única.

—¡Pues entonces algún misterio debe ocultarse tras el desmayo!—exclamaron burlonamente los circunstantes.

—Ese Silva será sin duda algún amante temerario que por ver á la condesa lo habrá querido arriesgar todo.

—Eso no es creíble, señores—dijo con seriedad el conde de la Bárcena.—Clotilde es amiga íntima de mi hermana y conozco su acrisolada virtud.

Cellamare fijó una mirada de agradecimiento en el joven conde, y después, dando á sus ojos una significativa expresión, dijo:

—¿Quién sabe si sería algún hermano natural ese hombre que se ahogó?

—En efecto—repuso el conde, que comprendió la expresión de los ojos de Cellamare—ahora recuerdo que el duque de B..., su padre, tenía un hijo natural, que era un gallardo marino, y á quien ella amaba mucho; mas como entre nosotros los hijos que no tienen derechos legítimos á la casa ó á los títulos de la misma entran por poco, me había olvidado de él.

En aquel instante apareció el marqués de la Oliva en el palco que ocupaba Clotilde y ésta se volvió sobresaltada. Cubrióse su rostro de intensa

palidez y casi instantáneamente se vistieron sus facciones de un encendido carmín.

Afortunadamente para la pobre condesa, el telón se levantó en aquel instante y los jóvenes del palco de enfrente se volvieron hacia el escenario sin echar de ver la agitación que la dominaba.

Cantaba aquella noche una de las artistas más eminentes que han pisado nuestra escena, y la misma duquesa de Rfoclaro, que ordinariamente jamás volvía ni por distracción los ojos al escenario, fijó entonces toda su atención en él.

Mas la pobre Clotilde no vió siquiera que el telón se había levantado; una indescriptible expresión de enojo y de desprecio se pintaba en sus bellas facciones, haciendo un doloroso contraste con los suaves contornos de su rostro.

El marqués de la Oliva ostentaba un aire triunfante; dió la mano sonriendo dulcemente á la duquesa, inclinóse con un respeto lleno de ironía delante de Clotilde y tomó asiento á su lado, colocándose un poco á su espalda.

El príncipe de Cellamare, que, atraído por un interés tan noble como irresistible, no quitaba los ojos del palco de la condesa, la vió temblar y vió también que el rojo color que cubría sus mejillas se hacía más arrebatado.

—¿Qué tiene usted esta noche, condesa?—preguntó en voz baja el marqués de la Oliva, to-

mando para hacer esta sencilla pregunta el aire más á propósito para que el público creyese que dirigía á Clotilde alguna atrevida galantería.

—Tengo, caballero, una indignación que no sé describir al ver á usted cerca de mí—respondió Clotilde también en voz baja y contenida.

—¿Qué he hecho á usted, pues?

—¿Y tiene usted la osadía de preguntármelo?

—¿Acaso la he ofendido presentando en su casa á su antiguo amante?—preguntó el marqués con aire zumbón.

—¡Es usted un infame!—fué todo lo que Clotilde, sofocada por el llanto, pudo contestar.

—¿No me ha despreciado usted? ¿No se ha burlado de mi amor?—dijo el marqués, siempre en voz baja.—¿Pensaba usted—continuó—que yo me resignaría con sus desprecios y que la dejaría en libertad? ¡Pues no lo espere usted, señora! Todo cuanto he podido hacer ha sido tratar de olvidarla; no lo he conseguido, y ahora necesito ó que me ame usted ó vengarme!

—¿Pero qué venganza ha de tomar usted de mí, caballero? Y, además, ¿qué le he hecho? ¿Cómo quiere usted que le ame si ya no soy libre?

—Sin ser libre ama usted aún mucho á Fernando de Silva.

—¡Miente usted!—exclamó Clotilde olvidando

ya toda moderación y alzando la frente con orgullo.—Yo no amo más que á mi marido... Si temblé al verle, si perdí el color, es que el recuerdo de lo que le había amado se alzó en mi alma poderoso y fuerte, evocado de repente por la infame alevosía de usted.

—¿Llama usted alevosía á que haya presentado en su casa al señor Silva? ¿Qué sabía yo de esos lazos que habían unido á ustedes? El esposo de usted me convidó á comer estando yo con Fernando de Silva, y éste, que poco antes le había sido presentado por mí, fué incluido también en el convite: ¿qué hay de alevoso en todo esto?

—¡Usted sabía algo de nuestras relaciones de hace tres años, caballero!—exclamó Clotilde con profunda convicción.—¡Oh!—prosiguió—conozco á usted bien, y sé que nunca hace nada sin una torcida intención, y que cada una de sus acciones es una maldad calculada de antemano.

—Y bien, sí; sabía, porque Fernando me lo había confiado, que su primero y único amor había sido una joven llamada Clotilde é hija del duque de B..., mas aseguro á usted que al presentarle en su casa no me acordada ni del nombre de usted ni del de su padre; pero demos aquí punto á esta conversación, que me parece molesta á usted, condesa—dijo el marqués levantándose y apoyándose con familiaridad en el respaldo del asiento de Clotilde;—ya sabe usted que

la amo; ya le he dicho que he tratado en vano de olvidar á usted; necesito, pues, que me ame ó voy á descubrir á su esposo que Fernando de Silva ha sido su amante desde que usted se casó.

—¡Pero eso es una calumnía abominable!—exclamó la infeliz joven palideciendo de nuevo y juntando las manos con terror.—¡Yo no he visto á Fernando desde dos meses antes de casarme hasta hoy; él me abandonó..., él rompió cobardemente, y sólo por orgullo, los lazos de nuestro amor, bajo el pretexto de que jamás podría unirse á mí por la desigualdad de nuestras fortunas, y yo ahora amo sinceramente á mi marido, al padre de mis hijos!

—Lo creo, mas nada de eso puede hacerme desistir de mi empeño, Clotilde; ó paga usted mi amor ó envió esta noche misma esta carta á su esposo.

—¿Pero qué le dice usted en ella? ¡Dios mío!—exclamó Clotilde llena de terror y echándose hacia atrás, como si la fuera á morder una serpiente.

—Poca cosa: que sostiene usted relaciones criminales con Silva, lo cual creará fácilmente, pues la escena de esta noche le ha afectado más de lo que usted puede pensar.

—Yo le diré la verdad.

—¿Qué importa la verdad algunas veces, y, sobre todo, cuando la mentira es manejada por

un hombre tan diestro como yo? ¿De qué modo se borra la huella de la primera sospecha en el corazón de un hombre amante y honrado como el conde? Señora, usted es aún casi una niña, y demasiado pura é inocente para comprender la profunda huella, la herida mortal que ha dejado su desmayo de hace poco en el corazón de su esposo. ¡Desde hoy se acabó su confianza, la tranquilidad de su alma y la paz de su corazón! Puede usted hacerle creer que desde que se casó con él no ha visto á Fernando... aunque le será difícil por la extrema libertad en que su confiado cariño ha dejado á usted...; pero persuadirle de que no le ama usted le será imposible, porque usted no sabría persuadir con una mentira.

—¿Luego cree usted que le amo?...—murmuró con terror la inocente joven.

—¡Que si le ama usted!...—exclamó el marqués cerrando los puños con furor;—en su alma, señora, imperará siempre ese primer amor; cifró usted en él todas las esperanzas de su vida, y no es posible que vuelva á querer otra vez; en almas como la de usted no hay más que un solo amor; los demás son pálidos reflejos del primero; eso lo sabe el conde tan bien como yo, y desde hoy sabe asimismo, para su tormento, que usted ha sentido antes de conocerle esa primera y única pasión.

—¿Qué tiene usted, querida?—dijo la duquesa

que, volviéndose casualmente, advirtió el extremo abatimiento de Clotilde.

—La condesa se siente mal—contestó el marqués, al ver que la pobre joven no podía levantar la cabeza que tenía caída sobre el pecho.—Si me lo permite usted, duquesa, la acompañaré á su casa en mi coche.

—Es muy justo—dijo Juana distraída y sin separar sus lentes del palco que ocupaba poco antes el príncipe de Cellemare.—Pero—añadió—estoy mirando que hace una hora que ha salido de su palco ese hermoso toscano que, según dicen, es un príncipe, y no ha vuelto á parecer.

—¿Es usted también de sus apasionados?—preguntó el marqués, anhelando entretener á Juana para que no advirtiese el estado de la condesa.

—Sí por cierto—contestó jovialmente la duquesa;—se parece tanto al Tasso, que una mujer con pretensiones de pintora como yo debe admirarle.

—¿Quiere usted la paz?—preguntó el marqués á Clotilde en voz baja.

Esta no contestó; la desdichada nada oía; creía ver un abismo abierto ante sus pies que la iba á tragar.

El marqués dejó brillar en sus azules ojos un gozo cruel y repitió:

—¿Quiere usted la paz?

—¡Hijos míos, mis pobres hijos!—murmuró Clotilde entre un seco y dolorido sollozo.

—Por ellos al menos acepte usted la paz.

—¡Hijos míos!—repitió la condesa, con el corazón lacerado por el mismo pensamiento que en aquel instante destrozaba el de su esposo.

—Veo que quiere usted la guerra—continuó el marqués con feroz dureza.—Pero—añadió—mire usted que la lucha será muy desigual, y que perecerá usted en ella, señora; usted es demasiado buena é inocente; yo soy un malvado, y para que mis armas sean más poderosas, nadie, á no ser usted, me conoce por tal.

—¡Déjeme usted ya!—exclamó Clotilde levantándose con ímpetu y lanzándose á la puerta sin pensar siquiera en que estaba allí la duquesa.

—Permitame usted, señora, que la acompañe á su casa—dijo á esta sazón el príncipe, que, de pie en el umbral, casi la recibió en sus brazos.

—Caballero—exclamó el marqués rojo de cólera;—esta señora había aceptado ya mi coche y mi compañía.

—Miente usted—repuso Cellemare con voz fuerte y sonora.

El marqués levantó la mano para descargar un bofetón sobre el que le hacía tal injuria, pues su maldad no era cobarde; mas el príncipe le sujetó el brazo con una rapidez y una fuerza extraordinarias, y continuó, sonriendo con serenidad:

—Le doy por recibido: envíe usted al conde esa carta que tiene preparada para él, y en seguida aguárdeme usted aquí, en la plaza del Rey, pues así que deje á la condesa en su casa volveré... para matarle.

Tomó al decir esto la helada mano de Clotilde y la colocó en su brazo; mas esta acción, que hubiera podido calificarse de atrevida, estaba excusada en aquella ocasión por el excesivo abatimiento de la joven y por la gracia y mesura con que la acompañó.

En seguida bajaron la escalera; el coche de Cellemare esperaba á la puerta, pues Clotilde había venido con la duquesa y, por consiguiente, no tenía el suyo.

Cellemare ayudó á la condesa á subir al carruaje, subió él después y dijo al cochero:

—Al palacio del señor conde D...

Estas palabras terminaron, al parecer, el agonizante estupor de Clotilde, quien rompió en amargo llanto.

—¡Animo, señora!—exclamó el príncipe;—hoy he visto á usted por la vez primera, pero me intereso vivamente por su dicha y por la de su esposo, que es mi amigo; así que llegue usted á su casa, créame usted, cuénteles con franqueza toda su vida pasada; ábrale su corazón; nadie puede alentar á usted como él, y en nadie hallará usted un amigo más generoso.

—¡Pero esa carta... esa carta!...—murmuró con agonía la condesa.

—No pude quitársela á ese malvado, porque lo primero era salvar á usted del escándalo que empezaba á causar su agitación; toda la concurrencia que llenaba el teatro había reparado ya en el estado de usted; no obstante, ¡sí yo pudiera evitar que llegase!...

Y el príncipe se lanzó á uno de los cristales del coche, le abrió y gritó al cochero:

—Pon al trote los caballos.

El cochero obedeció, y los soberbios animales sacaron mil chispas del pavimento con sus herrados cascos.

En aquel momento otro coche á galope pasó rozando con el del príncipe.

Este lanzó una exclamación de dolor, al mismo tiempo que la condesa, reconociendo la librea verde del marqués de la Oliva, murmuró, señalando aquel coche con profundo terror:

—¡Ahí va la carta, ahí va!...

En efecto, á través de los cristales se veía á un criado del marqués que, en pie en el fondo del coche, miraba ávidamente hacia la calle.

Cuando pasó el carruaje junto al del príncipe, el criado se asomó á la ventanilla y gritó:

—¡A escape!

—¡A escape!—gritó el príncipe á su vez.

Ambos carruajes partieron como dos flechas

sin cuidarse de las multas que, para tales casos, tiene impuestas la autoridad.

Ambos volaban como llevados por el viento; mas el del marqués llevaba algunos pasos de delantera.

Hubo un instante en que el del príncipe consiguió alcanzarle, mas el tiro del marqués de la Oliva era tan fogoso y valiente, que bien pronto le aventajó de nuevo.

Detúvose, sin embargo, al empezar la calle del Sordo, que era donde estaba situado el palacio del conde, y en el mismo instante saltó al suelo el criado que hemos visto en el fondo del coche, echando á correr hacia el palacio.

Los pobres caballos, cubiertos de espuma y de sudor, respiraron con toda la fuerza de sus pulmones.

Cuando el carruaje del príncipe paró á la puerta del palacio ya había entrado en él el mensajero.

En el anchuroso patio esperaba un chico haraposo, de esos que pululan por todas partes en Madrid vendiendo fósforos y billetes de lotería.

Así que vió la librea verde del criado se lanzó á él.

—Venga la carta y los cuartos—dijo.

—Sube la carta y ven á encontrarme al coche, que estará parado á la entrada de la calle—dijo el lacayo.

El muchacho tomó la carta y el criado desapareció.

El príncipe, ocupado en ayudar á apearse á la condesa, que estaba en extremo quebrantada, no vió, á pesar del cuidado con que sus miradas registraron el patio y el vestibulo, otra persona alrededor que un muchachuelo haraposo apoyado contra la puerta y que le dijo con voz doliente:

—¡Una limosnita, señor, por Dios!

Cellemare echó una moneda de plata en la ennegrecida mano del chico y dijo al oído de Clotilde:

—¡Animo, señora! El coche se ha detenido por no sé qué accidente; quizá se ha roto; el portador de la carta debe estar dentro de él, y ahora juro á usted que la carta no llegará; tenga usted valor, y adiós.

Nada contestó Clotilde; subió lentamente la escalera y se dirigió á su habitación, cuya puerta le abrió Avelina.

Mas no bien se hubo vuelto á cerrar, no bien sus dolientes ojos se tendieron por la habitación, lanzó un grito de angustia y de tórpor.

En pie, junto á la chimenea, pálido, inmóvil, rígido y severo había columbrado á su esposo.

Aquel grito desolado que se había arrancado del pecho de Clotilde fué á terminar á los pies del conde, donde cayó suplicante y temblorosa.

VI

Páginas del corazón.

Una espantosa llama se encendió en los ojos del conde y fulguró durante algunos segundos; era la ira que ardía en su corazón como el cráter de un volcán.

Hubo un instante en que levantó su puño crispado sobre la cabeza de su esposa como si hubiera querido aniquilarla.

Pero aquella mano volvió á caer sin tocar la hermosa cabeza que había amenazado; apagóse el fuego de los ojos del conde y las facciones de éste tomaron cierto carácter de amarga serenidad.

Guardó silencio por espacio de algunos instantes, como si hubiera querido ahogar completamente los rastros de un furor indigno y agresivo, y luego dijo á su esposa con voz firme:

—Levántese usted.

La pobre joven obedeció y permaneció delante de él inmóvil y con la cabeza doblada sobre el pecho.

Durante algún tiempo volvió á reinar el silencio.

Clotilde no tenía palabras.

Su marido buscaba sin encontrar las que ne-